

I

O BREVE INTRODUCCIÓN SOBRE LOS MOTIVOS DE ESTAS CONFESSIONES, SOBRE EL FAMOSO CASTILLO DE FRATTA, DONDE PASÉ MI INFANCIA, SOBRE LA COCINA DEL MENCIONADO CASTILLO, ASÍ COMO SOBRE LOS AMOS, LOS SERVIDORES, LOS HUÉSPEDES Y SOBRE LOS GATOS QUE LO HABITABAN HACIA 1780 — PRIMERA INVASIÓN DE PERSONAJES, INTERRUMPIDA OCASIONALMENTE POR SABIAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA REPÚBLICA DE VENECIA, LOS ORDENAMIENTOS CIVILES Y MILITARES DE AQUEL TIEMPO Y SOBRE EL SIGNIFICADO QUE SE DABA EN ITALIA A LA PALABRA «PATRIA» A FINALES DEL PASADO SIGLO.

Nací veneciano el 18 de octubre de 1775, día del evangelista san Lucas; y moriré, por la gracia de Dios, italiano, cuando así lo decida esa Providencia que gobierna misteriosamente el mundo.

Ésta es toda la moral de mi vida. Y, como esta moral no es obra mía sino de mi época, se me ocurrió que describir ingenuamente la acción de los tiempos sobre la vida de un hombre podría ser de alguna utilidad para quienes, nacidos en otros tiempos, están destinados a disfrutar de los resultados menos imperfectos que traerán estos primeros influjos.

Soy ya un viejo de más de ochenta años en este año de gracia de 1858; y, sin embargo, tal vez soy más joven de corazón de lo que lo fui en mi ajetreada juventud y en mi muy cansada madurez. He vivido y sufrido mucho, pero nunca me han faltado esos apoyos que, en medio de las tribulaciones que parecen siempre excesivas para la intemperancia y la debilidad humanas, se olvidan harto a menudo y que elevan, sin embargo, el alma hacia la serenidad de la paz y de la esperanza cuando nos acordamos de lo que son en verdad: talis-

manes invencibles contra toda adversa fortuna. Me refiero a esos afectos y convicciones que, lejos de ser gobernados por los acontecimientos exteriores, los dominan victoriosamente, haciendo de ellos un campo de batalla en el que ejercitarse. Mi temperamento, mi carácter, mi primera educación y las acciones y azares derivados de ellos fueron, como todo lo humano, una mezcla de cosas buenas y malas: y, si no fuera a tomarse por un indiscreto alarde de modestia, podría incluso añadir que en lo que a cualidades se refiere estaba más dotado de defectos que de virtudes. Pero todo ello no resultaría ni tan curioso ni tan digno de ser contado si mi vida no hubiera transcurrido a caballo de estos dos siglos que seguirán siendo por largo tiempo memorables, sobre todo en la historia de Italia. En efecto, fue en esta encrucijada cuando dieron sus primeros frutos de fecundidad real las reflexiones políticas que, desde el siglo XIV hasta el XVIII, desembocaron en Dante, Maquiavelo, Filicaia,¹ Vico y tantos otros pensadores que no pueden ya enriquecer mi mediocre cultura y mi casi ignorancia literaria. La circunstancia—otros dirían el infortunio—de haber vivido en aquellos años me ha hecho, pues, decidirme a poner por escrito lo que he visto, oído, conocido y experimentado desde mi primera infancia hasta los umbrales de mi vejez, cuando los achaques de la edad, la condescendencia que se siente por los más jóvenes, la moderación de las opiniones seniles y, digamos también, la experiencia de muchísimas desventuras en estos últimos años me redujeron a esa casa de campo donde había asistido al último y ridículo acto del gran drama del feudalismo. Mi simple relato no tiene respecto a la Historia una importancia distinta de la que tendría una nota añadida por una mano desconocida a

¹ Vincenzo de Filicaia (1642-1707), poeta florentino que participó en la creación de la Academia de la Arcadia, donde contribuyó a dar a la poesía italiana claridad y moderación, cortando con el barroco imperante hasta entonces (*salvo allí donde se indique, las notas son del traductor*).

las revelaciones de un antiguo códice. La actividad privada de un hombre que no fue ni avara hasta el punto de atrincherarse en sí mismo contra las miserias comunes, ni tan estoica como para oponerse deliberadamente a ellas, ni tan sabia o soberbia como para desatenderlas con el desprecio, me parece que refleja de algún modo la actividad común y nacional con la que se confunde, como la caída de una gota indica la dirección de la lluvia. Así, la exposición de mis aventuras será como un botón de muestra de esos innumerables destinos individuales que, a causa de la disgregación del antiguo orden y la formación del presente, componen el gran destino nacional de Italia. Tal vez esté en un error, pero, meditando sobre ellas, algunos jóvenes podrán escapar a los peligrosos espejismos, y algunos incluso enardecerse con la obra puesta en marcha lenta pero duraderamente, y luego muchos poner en unas creencias no cambiantes esas vagas aspiraciones que les hacen intentar múltiples caminos antes de descubrir el que puede llevarles a la verdadera práctica de la actividad civil. Eso al menos me pareció a mí durante esos nueve años¹ en los que, a trompicones y como me sugerían la inspiración y la memoria, fui escribiendo estas notas. Notas que, comenzadas con una obstinada fe la tarde de una gran derrota² y llevadas a término mediante una larga expiación en estos años de renacida laboriosidad, mucho contribuyeron a convencerme del vigor y de las legítimas esperanzas de la generación actual, comparadas con el espectáculo de las flaquezas y de las maldades pasadas.

En el momento de transcribirlas, yo que, viejo y no literato, he tratado en vano de aprender el difícil arte de escribir, he querido, con estas pocas líneas de prefacio, definir mejor mi pensamiento. Pero la claridad de ideas, la sencillez de sen-

¹ Para escribir *Las confesiones de un italiano*, Nievo empleó en realidad cerca de nueve meses.

² La de los piemonteses en Novara, del 21 al 23 de marzo de 1849.

timientos y la veracidad de la historia me servirán de disculpa y, más aún, suplirán mi falta de retórica; la simpatía de los buenos lectores hará para mí las veces de gloria.

Con un pie en la tumba, solo ya en el mundo, abandonado tanto por los amigos como por los enemigos, sin temores ni esperanzas que no sean eternos, liberado por la edad de esas pasiones que extraviaron demasiado a menudo mis juicios y los efímeros espejismos de una ambición que no fue temeraria, no he recogido de mi vida más que un fruto: la paz de espíritu. Vivo contento con ella, y en ella confío. Es ésta la que señalo a mis hermanos más jóvenes como el más envidiable tesoro, y el único escudo para defenderse contra las seducciones de los falsos amigos, los embelecocos de los cobardes y los abusos de los poderosos. Sólo me queda por hacer una última declaración, a la que la voz de un octogenario tal vez dé un poco de autoridad; y es que viví la vida como un bien; basta para ello con que la humildad nos ayude a considerarnos como infinitesimales artesanos de la vida universal y que la rectitud de espíritu nos acostumbre a considerar que el bien de muchos es superior con creces al de cada uno de nosotros. Mi vida temporal, como hombre que soy, toca a su fin; contento del bien que he podido hacer, y seguro de haber reparado en la medida de lo posible el mal que he causado, no me resta más que una esperanza y una fe: que esta vida se confunda pronto en el gran mar del ser.¹ La paz de que disfruto en el presente es como ese golfo misterioso en cuyo fondo el audaz navegante encuentra un paso hacia el océano infinitamente calmo de la eternidad. Pero, antes de sumergirme en ese tiempo en el que no habrá más diferencias de tiempos, mi pensamiento recae una vez más en el porvenir de los hombres; es a ellos a quienes, confiado, lego mis culpas para que las expíen, mis esperanzas para que las recojan, mis deseos para que los cumplan.

¹ Dante, Paraíso, I, 113.

Viví mis primeros años en el castillo de Fratta,¹ que hoy ya no es más que un cúmulo de ruinas de donde los campesinos extraen, según sus necesidades, piedras y chatarra para los canales de riego de sus moreras; pero en aquellos tiempos había un gran caserón con torres y torrecillas, un puente levadizo destartado de puro viejo y las más hermosas ventanas góticas que pudieran verse entre el Lemene y el Tagliamento. En todos mis viajes, no he visto nunca un edificio que proyectase sobre el terreno una figura más extraña, ni que tuviese esquinas, aristas, entrantes y salientes capaces de señalar a todos los puntos cardinales y colaterales de la rosa de los vientos. Los ángulos, además, estaban combinados con tan osada fantasía que no había uno que pudiera presumir de tener su equivalente, de suerte que, para trazar semejante arquitectura, era preciso o que se hubieran olvidado de utilizar el cartabón o que se hubieran agotado todos los que de ordinario atestan el estudio de un arquitecto. El castillo estaba maravillosamente asentado al abrigo de unos profundos fosos donde pacían las ovejas cuando no cantaban en ellos las ranas; pero la paciente hiedra había venido lentamente a invadirlo por secretas vías, y, brotando aquí, trepando allá, había acabado por revestirlo de una decoración tal de arabescos y festones que no se distinguía ya el color rojizo de sus muros de ladrillo. Nadie habría pensado en poner su mano sobre aquel venerable manto de la antigua morada señorial, y apenas los postigos azotados por la tramontana se arriesgaban a veces a descomponer algunas franjas que se venían abajo. Otra anomalía de aquel edificio era la multitud de chimeneas, que, de lejos, le daban el aire de un tablero de ajedrez a media partida y, ciertamente, si sus antiguos señores

¹ Fue construido en el siglo XII a iniciativa del obispo de Concordia, señor de la región y patriarca de Aquileia. Sería demolido en el período revolucionario, entre 1797 y 1798, por voluntad de su último propietario, el conde de Valvasone.

contaban con un hombre de armas por chimenea, debió de ser el castillo mejor defendido de la cristiandad. Por lo demás, en su interior, el desorden de los patios con sus grandes soportales llenos de barro y de excrementos de aves respondía a lo que prometían las fachadas; y hasta el campanario de la capilla tenía la piña de su punta rota por las repetidas saluciones del rayo. Pero la perseverancia se ve de alguna forma recompensada, y, como no rugía tormenta alguna sin que la campanilla de sonido bronco y grave le diera la bienvenida, era preciso que la tempestad le hiciera la cortesía disparándole algún que otro rayo. Algunos atribuían el mérito de estas pequeñas farsas meteorológicas a los álamos seculares que daban sombra a la campiña de entorno al castillo: decían los villanos que, como lo habitaba el diablo, era por eso por lo que de vez en cuando recibía la visita de algunos de sus buenos compañeros; los señores del lugar, habituados a ver que sólo se fulminaba el campanario, se habían acostumbrado a creerlo una especie de pararrayos y lo abandonaban de buen grado a las iras del cielo con tal de que se vieran preservados los tejados de los graneros y la gran campana de la chimenea de la cocina.

Pero he aquí que hemos llegado a un punto que requeriría por sí sólo una larga descripción. Baste decir que, para mí que no he visto nunca el coloso de Rodas ni las pirámides de Egipto, la cocina de Fratta y su hogar son los monumentos más solemnes que han existido nunca sobre la faz de la Tierra. La catedral Duomo de Milán y la basílica de San Pedro de Roma no son poca cosa, pero no tienen, ni de lejos, un sello igual de grandeza y de solidez; sólo recuerdo haber visto algo que se le parezca en el mausoleo de Adriano, aunque parece haberse empequeñecido desde que se ha convertido en Castel Sant'Angelo. Así pues, la cocina de Fratta era una vasta habitación, de un número indefinido de lados muy distintos en cuanto a tamaño, que se alzaba hacia el cielo como una cúpula y se hundía en el suelo como una sima: oscuro o

más bien negro de un hollín secular, resplandecían en sus paredes, como otros tantos grandes ojos diabólicos, los fondos de las cacerolas, de las graseras y de las garrafas colgadas de unos clavos; estaba atestado en todas direcciones de aparadores, armarios colosales, mesas interminables; y era recorrido noche y día por un número desconocido de gatos negros o grises que le daban el aspecto del laboratorio de una bruja. Esto por lo que se refiere a la cocina. Pero en el rincón más oscuro y profundo abría sus fauces un antro de Aqueronte, una cueva todavía más lóbrega y espantosa, donde las tinieblas se veían rasgadas por el rojizo crepitar de los tizones y el resplandor de dos ventanales verduscos cerrados por una doble reja. Imaginaos allí los torbellinos de un denso humo, el eterno rebullir de las judías en unas monstruosas ollas, y, sentados en unos bancos crujientes y ahumados, un sanedrín de graves personajes ceñudos y solemnes. Tales eran el hogar y la curia doméstica de los castellanos de Fratta. Pero bastaba con que sonase el toque del avemaría de la tarde y que cesase el murmullo del *Angelus Domini*, para que cambiara de repente la escena y dieran comienzo para este pequeño mundo tenebroso las horas de luz. La vieja cocinera encendía cuatro lámparas de un solo mechero, colgaba dos de ellas debajo de la campana de la chimenea y dos a los lados de la Virgen de Loreto. Armada de un enorme atizador, removía enérgicamente los tizones adormecidos debajo de las cenizas y echaba sobre ellos una brazada de zarzas y de enebro. Las lámparas se mandaban unas a otras su serena claridad amarillenta, el fuego crepitaba, su humo se elevaba remolineando hasta la barra transversal de dos gigantescos morillos con bolas de cobre, y los ocupantes vespertinos de la cocina descubrían a la luz sus distintas figuras.

El señor conde de Fratta, que pasaba ya de los sesenta años, daba la impresión de que acababa de despojarse de su armadura de tan derecho como se mantenía y con el torso rígido en su gran sillón. Pero su peluca con la redecilla, su lar-

ga zamarra color ceniza galoneada de escarlata y la tabaquera de boj que siempre tenía entre manos desentonaban un poco por aquella pose guerrera. Verdad es que andaba siempre por entre sus piernas una espada de fina hoja, pero su funda estaba tan herrumbrosa que se habría podido tomarla por un viejo espetón; y, por lo demás, no podría asegurar que dentro de esa funda se encontrara realmente una hoja de acero, y sin duda él mismo no se habría tomado la molestia de aseverarlo. El señor conde iba siempre tan escrupulosamente afeitado que se habría dicho que salía de las manos del barbero; llevaba debajo del brazo de la mañana a la noche un gran pañuelo azul turquí y por más que saliera poco a pie, ni nunca tampoco a caballo, llevaba botas y espuelas como para degradar a un correo del gran Federico.¹ Era ésta una tácita declaración de simpatía por el partido prusiano y, aunque las guerras de Alemania² llevaban largo tiempo calmadas, él no había dejado de amenazar a los imperiales con sus terribles botas. Cuando el señor conde hablaba, no se oía ni una mosca; una vez que había terminado de hablar, todos se expresaban a su gusto, bien de palabra, bien con la cabeza; cuando reía, todos se apresuraban a reír; cuando estornudaba incluso debido al tabaco, ocho o nueve voces gritaban a porfía: «¡Jesús! ¡Que Dios le bendiga! ¡Dios guarde al señor conde!». Cuando se levantaba, todos lo hacían con él, y cuando salía de la cocina, todos, hasta los gatos, respiraban con los dos pulmones, como si se hubieran quitado de encima una muela de molino. Pero más ruidosamente que nadie respiraba el canciller, si el señor conde no le hacía seña de seguirle y se dignaba dejarle en los tibios ocios del hogar. Hay que añadir, sin embargo, que tal milagro ocurría raramente.

¹ Federico II de Prusia, que fue un gran innovador de las estrategias militares y de la organización del ejército.

² Las guerras de Sucesión austríaca (1740-1748) y la guerra de los Siete Años (1756-1763).